

EL IRIS DE PAZ

PERIÓDICO QUINCENAL ESPIRITISTA,

ÓRGANO DE LA SOCIEDAD SERTOLINA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.

En Huesca, semestral.	0.75 pesetas.
Idem, idem, idem.	1.50
Idem, idem, idem, idem.	3.00
Idem, idem, idem, idem, idem.	4.50

PUNTOS DE SUSCRICIÓN.

En la Redacción y Administración, Cascajo número 11, y en la calle de Canallas número 18.
En Zaragoza, librería de Maynou, calle de las Es-
calas, número 249.

La correspondencia se dirigirá á don Domingo Monreal, Huesca.

DOCTRINA ESPIRITISTA.

LA VERDADERA SABIDURÍA.

La ciencia del bien es la ciencia del espíritu. La sabiduría consiste en el claro conocimiento de las verdades morales relativas al grado de elevación de la criatura racional, y de la firme voluntad de profesarlas: es el discernimiento luminoso de lo justo y de lo injusto, de lo verdadero y de lo falso, acompañado del eficaz deseo de practicar la verdad y la justicia, en la medida siempre de la capacidad ó aptitud espiritual.

La ciencia que directa ó indirectamente no se refiere á las verdades morales y versa sólo sobre intereses mundanos conexados con los placeres de la carne, con los materiales goces de la vida de la Tierra, esta es la ciencia del sensualismo y del orgullo, sin reflexión provechosa sobre el sentimiento, sin virtualidad para agudizar y enderezar la conciencia. No es la sabiduría del alma que eleva las aspiraciones á Dios y á la virtud; es la hinchazón de la soberbia, que nos abate á la materia, al egoísmo, á las sensaciones y mentirosos goces de los ruines apetitos.

Por esto se ven entre la multitud de los hombres que son tenidos por sabios en el mundo, tantos de sentimiento dañoso y conciencia tenebrosa y entre las mayorías ignorantes, algunos cuyo sentimiento y conciencia brillan con toda la pureza y santidad de la perfección terrestre; y es que los unos emplean la actividad de su entendimiento en la ciencia de los goces materiales refiriéndola exclusivamente á la vida de sensación, al paso que los otros, considerando como un accidente pasajero la vida de sensación, dirigen toda su energía racional á la vida verdaderamente esencial y libre, á la vida del sentimiento y la voluntad, que es la vida permanente del espíritu. La ciencia de los unos es la hojarasca del entendimiento extraviado; la de los otros flor de suavísimo aroma cuyo fruto será el cumplimiento del deber.

En esto último consiste la verdadera sabiduría, pues sólo puede serlo la que nos conduzca al Bien; fin supremo de nuestra existencia.

TINIEBLAS Y LUZ.

Tan antitéticos como esos dos térmi-

nos, son el Catolicismo y el Cristianismo, la Iglesia romana y el Evangelio de Jesús. La religión del Crucificado fundada en la pureza del corazón, en la fraternidad, en la caridad, en el amor universal; la religión de Roma con todas las impurezas humanas, la intolerancia, el apasionamiento y el odio; verdad, luz, espíritu que vivifica, la una; y la otra error, tinieblas, letra que mata. Armonía, idea de corrección, suavidad, razón, convencimiento, atracción; esto respira el Evangelio. Confusión, dureza, superstición, incredulidad, repulsión; esto inspira la Iglesia que pretende ser la continuadora del Cristo, y en realidad en su más absoluta negación.

Llámanse aquella, *Santa Madre*, y trata á sus hijos como no los trataría la peor de las *madrastras*. En prueba de ello, vean nuestros lectores la copia literal de la excomunión que ofrecíamos reproducir y copiamos literalmente, lanzada por el arzobispo de Sevilla contra el periódico *La Lucha*, semanario libre-pensador que, como era natural, ha recibido con sarcástica carcajada el anti-cristiano anatema, pero congratulándose y agradeciendo el honor que se le ha dispensado y resultará en crédito y valor de la publicación sevillana, que dice así:

«Ya ven nuestros lectores que existen justificados motivos para que la alegría y el júbilo nos rebosen hasta por cima de los cabellos.

Pero ¿qué decimos? Nos hemos dejado llevar de nuestro propio contento, y vanagloriados y orgullosos por las infinitas felicitaciones de que hemos sido objeto; al observar el curso ordinario de las funciones de nuestro organismo; al ver que no hemos perdido ni el sueño

ni el apetito y que se encuentran nuestras *ingles* y todas las partes de nuestro cuerpo como antes de la excomunión, ni más largas ni más cortas; y por último, al ensartar en el rosario de nuestras excomuniones la *cuenta* número cuatro, no hemos tenido presente que tal vez la indiferencia ó desprecio con que nuestros lectores miran una excomunión, sea porque desconozcan los términos en que esta se encuentra concebida.

Por si así fuera, damos copia literal de la excomunión para que nuestros lectores obren con conocimiento de causa.

Tiemblen, horripílense y lean:

«En el nombre de Dios Omnipotente, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, de los santos Cánones, de la Santa Virgen María, Madre de Dios y de todas las virtudes celestiales, de los ángeles y arcángeles, de los tronos y de las dominaciones, Serafín y Querubín, de los santos patriarcas y profetas, de todos los apóstoles y evangelistas, de los Santos Inocentes, únicos que fueron declarados dignos de cantar el nuevo cántico en presencia del Eterno, de los Santos mártires y Santos Confesores, de las Santas Vírgenes y también de todos los Santos y elegidos del Señor;

«Excomulgamos y anatematizamos á este hereje (ó este impio) y lo sequestramos de la Santa Iglesia de Dios, á fin de que condenado á la pena eterna, caiga en el abismo como Datan y Aviron, y como todos los que se atrevieron á decir al Dios fuerte: *Apártate de nosotros que no queremos conocer tu camino*.

«Y así como el fuego se apaga en el agua, así se apague su alma en la eternidad de los siglos, á menos que se enmendare y reconociere su culpa. Amen.

«Maldito sea de Dios Padre, criador de los hombres; maldito sea de Dios Hijo, que padeció por los hombres; maldito sea del Espíritu Santo, que descendió sobre él en el bautismo. Maldígalo la Santa Cruz en que subió Jesús triunfante por nuestra salvación; maldígalo la madre de Dios María Santísima, siempre virgen; maldí-

«Maldigale San Miguel, custodio de las almas sagradas. Maldigale también todos los ángeles y arcángeles, los príncipes y las potestades, con toda la milicia del ejército celeste. Maldigale los numerosos patriarcas y profetas. Maldigale San Juan el Precursor, que derramó el agua del bautismo sobre Jesús. Caiga sobre él la maldición de San Pedro, San Pablo, San Andrés y todos los Apóstoles y la de los demás discípulos de Jesucristo, y de los cuarenta y dos evangelistas, cuya predicación convirtió al mundo entero. Maldito sea por la maravillosa muchedumbre de mártires y confesores que fueron agradados a Dios por sus buenas obras; maldito sea por el cuerpo de las sagradas vírgenes que despreciaron los bienes de este mundo por amor a Jesucristo; maldito sea por todos los santos que desde principio del mundo hasta el fin de los siglos fueron y serán agradados a Dios. Maldigale, en fin, la tierra y todas las cosas santas que contiene. Maldito sea a donde quiera que vaya, ya esté en su casa, en el campo, en camino, en sendero, en el bosque, en el agua ó en la iglesia.

«Maldito sea viviendo, muriendo, comiendo, bebiendo, apagando el hambre, apagando la sed, cuando ayune, cuando concilie el sueño, cuando duerma, cuando esté despierto, cuando pasee, cuando esté de pie, cuando se siente, cuando se acueste, cuando trabaje, cuando descansa, *miniendo, cuando el febotomando*.

«Malditas sean todas las fuerzas de su cuerpo, maldito sea por dentro, por fuera, en el cabello y en los sesos. Maldito sea en la cabeza, en las sienes, en la frente, en las orejas, en las cejas, en los ojos, en las mejillas, en las mandíbulas, en la nariz, en los dientes incisivos, en los dientes molares, en los labios, en la garganta, en los hombros, en los brazos, en las manos, en los dedos, en el pecho, en el corazón, en todas las partes internas del cuerpo; en los riñones, en la ingle, en el fémur, *in genitalibus*, en los muslos, en las rodillas, en las piernas, en los pies, en todas las articulaciones y en las uñas.

«Maldito sea en la trabazón de todas las partes de sus miembros; no le quede sano ni un punto del cuerpo desde lo más alto de la cabeza hasta la planta de los pies. Maldigale Jesucristo, Hijo de Dios vivo, con todo el poder de

su magestad, y levante contra él el cielo con todas las virtudes que contiene para entregarlo a la condenación eterna, si no se arrepintiere y confesase su culpa. Amen. ¡Así le suceda, así le suceda! Amen.»

Esta es la Iglesia romana, maldiciendo con saña hidrofóbica en nombre de una religión que es todo paz, todo misericordia, todo amor; invocando sacrilegamente el nombre de Dios, el Padre de la infinita Bondad; y poniendo por pantalla de la inhumanidad con que maldice, a Jesús, que predicó la religión más humana, la que pone el amor como objeto capital, que es el camino de la regeneración, la puerta de la dicha, el descenso del reino de Dios a la tierra por el imperio de la caridad.

Comparemos ahora el lenguaje de los que se dicen representantes de Cristo y escarneciendo la divina predicación, maldicen a sus hermanos con el «Sermón de la Montaña» que eternamente admirarán los hombres porque con esa doctrina los corazones se abrasan en vandaes de eterno amor.

«Y viendo las gentes, subió al monte; y sentándose, se llegaron a él sus discípulos.

Y abriendo su boca, les enseñaba, diciendo:

Bienaventurados los pobres de espíritu: porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los que lloran: porque ellos recibirán consolación.

Bienaventurados los mansos: porque ellos recibirán la tierra por heredad.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia: porque ellos serán hartos.

Bienaventurados los misericordiosos: porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón: porque verán á Dios.

Bienaventurados los pacificadores: porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia: porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados sois, cuando os vituperasen, y os persiguieren, y dijeren de vosotros todo mal por mi causa, mintiendo.

Gozaos y alegraos; porque vuestra suerte es grande en los cielos: que así persiguieren á los profetas, que fueron antes que vosotros.

Porque os digo, que si vuestra justicia no fuese mayor que la de los escribas y los fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.

Oistes que fué dicho: No matarás: más cualquiera que matare, será culpado del juicio.

Más yo os digo, que cualquiera que se enojare locamente con su hermano, será culpado del juicio: y cualquiera que dijese á su hermano Raca, será culpado del concejo: y cualquiera que dijese, Fátuo, será culpado del infierno del fuego.

Por tanto si trajeses tu presente al altar, y allí te acordases que tu hermano tiene algo contra ti.

Deja allí tu presente delante del altar, y vete; vuelve primero en amistad con tu hermano, y entonces ven, y ofrece tu presente.

Conciliate con tu adversario presto. Entretanto que estás con él en el camino; porque no acontezca que el adversario te entregue al juez, y el juez te entregue al alguacil, y seas echado en prisión.

De cierto te digo, que no saldrás de

allí hasta que no pagues el último cuadrante.

Oisteis que fué dicho á los antiguos: ojo por ojo, y diente por diente:

Más yo os digo, no resistáis al mal: antes á cualquiera que te hiriere en tu mejilla diestra, vuélvele también la otra.

Y al que quisiere ponerte á pleito, y tomarte tu ropa, déjale también la capa.

Y á cualquiera que te cargare por una milla, vé con él dos.

Al que te pidiere, dáale; y al que quisiere tomar de ti en prestado, no le rehuses.

Oisteis que fué dicho: amarás á tu prójimo, y al orecerás á tu enemigo:

Más yo os digo, amad á vuestros enemigos, bendecid á los que os maldicen, haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y persiguen.

Para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos; que hace que su sol salga sobre malos y buenos, y llueve sobre justos é injustos.

Porque si amáis á los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿no hacen también lo mismo los publicanos?

Y si abrazáis á vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis demás? ¿no hacen también bien así los Gentiles?

Sed pues vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.

(S: n Mateo, cap. V.)

«No juzgueis, para que no seáis juzgados.

Porque en el juicio con que juzgais seréis juzgados; y con la medida con que medís, os volverán á medir.

Así que, todas las cosas que quisie-

rais que los hombres hiciesen con vosotros, así también hacéd vosotros con ellos: porque esta es la ley, y los profetas.

Y guardáos de los falsos Profetas, que vienen á vosotros con vestidos de ovejas, mas de dentro son lobos rapaces.

Por sus frutos los conoceréis. ¿Cógense uvas de los espinos ó higos de los abrojos?

Así todo buen árbol lleva buenos frutos: mas el árbol maldado lleva malos frutos.

No puede el buen árbol llevar malos frutos; ni el árbol maldado llevar frutos buenos.

Todo árbol que no lleva buen fruto, cortase y échase en el fuego.

Así por sus frutos los conoceréis.

No todo el que me dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos: mas el que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos.

Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre lanzamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?

Y entonces los protestaré: Nunca os conocí: apartaos de mí, obradores de maldad.

(San Mateo, cap. VII.)

Cierta ente que son obradores de mal aquellos que dan frutos del maldición, y a quienes no reconocerá Jesús: son los falsos profetas, el árbol que debe cortarse y echarse en el fuego. Ellos pagarán hasta el último cuadrante, porque han maldonado á su hermano, Si, ellos «en tinieblas, como es luz el «Ser «ón del Monte.» Por eso asistimos á las postrimerias de esa Iglesia que es la nerración del fundador: por eso en el siglo de las luces á sus anacrónicos ana-

temas, contestan los excomulgados como lo hace *La Lucha* en los siguientes términos:

«Nosotros, en nombre del progreso, de los mártires de la ciencia y de los apóstoles de la civilización, pudiéramos en justa reciprocidad y en uso de nuestro perfecto derecho de defensa, maldedir el odioso padrón de ignominia social que se llama catolicismo: pudiéramos á nombre del porvenir dispar por medio del anatema las densas y sangrientas sombras del pasado; pero como quiera que no nos faltan razones para sostener nuestras ideas con arguo entos y pruebas, no podemos imitar la conducta de los que á nombre del pasado y sin razones ni pruebas con que sostener sus teorías echán mano, en su desesperada rabia é impotencia, del gastado recurso de las excomuniones.

«Conceptuamos que el defendernos de los anatemas de Roma sería imitar al héroe de Cervantes dando cuchilladas contra pellejos vacíos, y por lo mismo, mientras el fantasma horrible que se llama catolicismo no presen te argumentos á arguo entos pruebas, seguiremos impasible nuestra tarea contestando á Roma con una sarcástica carcajada.»

SECCIÓN DE POLEMICA.

LOS ERRORES DE «LA PROVINCIA» RESPECTO AL ESPIRITISMO.

I.

En nuestra anterior serie de artículos dedicados al colega local neo-católico, hicimos notar que había guardado completo silencio respecto á nuestras afirmaciones y argumentos, limitándose á ironizar y desfigurar textos de Allan Kardec, pero no los que exponen principios fundamentales de nuestra doctrina, y forjándose una cosa imaginaria y bufa, que gratuíta y caprichosamente bautizó con el nombre de ra-

piritismo, pretendió impugnarla, des-hacerla, triturarla, hundirla en el abismo del ridículo y de la execración. Pero combatió unos molinos de viento, un sólido y perdurable edificio, que la fantástica creación presentaba como un ente ridículo vencible al primer impetu del audante caballero, y lo mismo que D. Quijote en su célebre aventura, salió descalabrada *La Provincia*, como le acontecerá siempre al paladín que intenta impugnar lo que no ha estudiado ni conoce.

En pie están aun todas nuestras afirmaciones exponiendo los principios fundamentales del Espiritismo, que no ha rebatido ni podrá rebatir el periódico ultramontano. Estos son, como repetidas veces hemos dicho: Existencia de Dios, inmortalidad del Espíritu, pluralidad de mundos y existencias, solidaridad universal, comunicación con el mundo invisible, progreso indefinido por el camino de la Caridad y la Ciencia que hacia Dios conducen.

Está, pues, completamente equivocada *La Provincia* al suponer y afirmar, porque sí, que los principios fundamentales de nuestra doctrina son lo que el colega llama bizarramente «espíritus espiritistas», los médiums y las comunicaciones. Ya hemos visto los dislates en que incurrió al ocuparse de los espíritus, que bautizaba, sin sentido común ni gramatical, con el epíteto de «espiritistas». En esta segunda serie de artículos, haremos ver los errores en que cae al tratar de los médiums y de las comunicaciones, que también coloca entre los principios fundamentales del Espiritismo, doctrina absolutamente independiente de unos y otras, y cuyo objetivo esencial es, como dice Allan Kardec en el final de la primera parte de *El Libro de los Médiums*: «Que el hombre la haga servir para su mejoramiento moral.» Por eso cuando queremos dar á conocer el Espiritismo con las obras de Allan Kardec, el primer libro que ponemos en manos de quien

desea formar exacta idea, es *El Evangelio según el Espiritismo*, que *La Provincia* se guarda bien de mencionar, porque no podría refutar ese código de moral universal, esa ley evangélica enseñada por los Espíritus, y que nadie podrá atribuir al demonio, sopena de confesar que se ha convertido en ferviente apóstol del cristianismo.

Tiene buen cuidado el periódico ultramontano de no examinar la citada obra, ni *El Libro de los Espíritus*, parte filosófica de la ciencia espiritista, ni las demás obras fundamentales de Allan Kardec; limita su crítica al libro que sólo es de enseñanza complementaria; y de él se fija únicamente en detalles accesorios que no son doctrina unánimemente admitida por los espiritistas, conformes en las bases esenciales que hemos señalado.

Sin embargo, dice *La Provincia* enfáticamente que va á dar á conocer á quien los ignore los principios y prácticas fundamentales del Espiritismo. De ninguno de ellos se ocupó en sus tres primeros artículos, que dejamos contestados. Al examinar y refutar el cuarto artículo en que, bajo el epígrafe «Errores espiritistas», se ocupa de los médiums, pondremos de manifiesto que la pretenciosa impugnación de aquel periódico, no es más que un cúmulo de errores respecto al Espiritismo.

Para convencerse de ello, no hay más que leer los artículos de *La Provincia* y estudiar después cualquiera de las obras en que se exponen los principios ó cuerpo de doctrina que en el campo de la filosofía se conoce con el nombre de psicologismo moderno ó Espiritismo.

ESPIRITISMO TRASCENDENTAL.

VII.

Dios no castiga.— Quien se fallá y se castiga, es el espíritu á sí mismo.

Como un error trae por legítima con-

frecuencia otros errores, hay que fijarse mucho en los principios que se sientan, y analizarlos todos con imparcial determinimiento.

La creencia vulgar de que *Dios castiga á los espíritus culpables*, ha podido producir la de que *el espíritu falta á las leyes de Dios*; y si aquella fuese cierta, esta se encontraría en el seno de la lógica. También pudiera haber acontecido lo contrario; que de la creencia de que *el espíritu falta á las leyes divinas*, se hubiera deducido *el castigo de Dios á los espíritus rebeldes*. Cualquiera de estas ideas que se haya tomado por principio, es igualmente absurda.

Ya lo hemos visto en la *falta* y vamos ahora á demostrarlo en el *castigo*.

Solo la ley divina impera en el Universo; la ley del bien.

Y la ley del bien, es la ley de la felicidad, la ley del premio.

El castigo divino no existe, en la verdadera acepción del concepto.

Dios, solo premia.

Si Dios castigara, produciría la pena, el disgusto, el dolor, la desgracia, la desesperación; descendería de su *infinito bien* para realizarse en el *relativo bien*.

Y Dios no puede sin dejar de ser Dios, realizarse sino en Su naturaleza propia, en la práctica del *sumo bien*.

El castigo divino sería, por otro lado, la divina justicia; porque *no faltando* el espíritu á la voluntad de Dios en ningún concepto, cumpliendo estrictamente sus prescripciones en el cumplimiento de la ley, no existe motivo alguno para que se le castigue; y el castigo innecesario sería una crueldad, una injusticia, que anulando la bondad, la misericordia y la justicia de Dios, anularía su existencia.

La creencia en el castigo divino, es un error ateo.

Quien se *falta* y se *castiga* es el espíritu á sí mismo en efecto;

La facultad natural de *sentir* que el espíritu posee, se determina de tres modos; como *sensibilidad*, como *sensa-*

ción y como *sentimiento*; y esta propiedad de afectarse el espíritu por sí mismo y por cuanto extraño á él se relaciona, es la causa de su bien, porque es la percepción del placer; lo que le hace positiva la dicha; lo que le realiza en la felicidad.

M. Gonzalez,

(Continuará.)

MISCELÁNEA.

El conocido materialista francés M. Alfredo Naquet, dió el invierno pasado en la sala del boulevard de las Capuchinas, en París, una serie de conferencias sobre la esencia de la materia. Después de consagrar varias sesiones á la refutación del espiritismo, no en la filosofía racional sino en los dogmas religiosos, anunció una última conferencia en la cual se proponía examinar la revelación moderna; las manifestaciones nuevas que se afirman en el dominio experimental, y que clasificaba así: los milagros, los hechos magnéticos y los hechos espiritistas.

El distinguido químico Naquet, que ha ejercido brillantemente la medicina y es una autoridad científica, demostró en aquella última conferencia desconocimiento completo de la materia espiritista de que trataba, pues asimiló los fenómenos que nosotros estudiamos, universalmente atestiguados y desinteresadamente producidos, á las leyendas devotas que la ignorancia y superstición han propagado, á las especulaciones médico-religiosas en que los fieles ponen todos los gastos y el culto saca todos los beneficios.

Como supremo y victorioso argumento hizo una observación concluyente: «..... por lo demás, es de notar que los hechos espiritistas tienen buenas razones para no revelarse á la ciencia, porque jamás los ha atestiguado ningún sabio.»

Y esto lo decía M. Naquet en el mo-

miento en que los hombres de ciencia más distinguidos publicaban nuevas obras para renovar sus declaraciones respecto á la realidad de los fenómenos: espiritistas, cinco años después de aparecer en el periódico científico más notable de Londres los artículos del sabio químico William Crookes, relatando sus experiencias, artículos traducidos luego al francés; y un año después de aparecer el libro espiritista del profesor de astronomía de la universidad de Leipzig, M. Zollner.

La ilustrada espiritista señora Cochet, que asistía á la conferencia de la sala de las Capuchinas, al oír la errónea afirmación de M. Naquet, pasó al orador un billete concebido en estos términos:

«Como positivista debiais tener en cuenta las experiencias rigurosamente científicas hechas por Crookes, Cox, Alfredo Wallace, de la Academia real de Londres, y las que Zollner, Fechner y Weber han hecho en Alemania. Todos esos sabios, afirman después de examen, lo que V. niega á priori.»

El conferenciante, después de leer el billete, dijo: «Me hablan de experiencias espiritistas hechas por sabios de Inglaterra y de Alemania, ignoraba este hecho.»

Siempre lo mismo. Cuando algún sabio niega la realidad de los fenómenos espiritistas, es que no los ha estudiado ni conoce las investigaciones que otros hicieron en el terreno científico.

PROBLEMA.

Llamamos la atención de los jóvenes acostumbrados á resolver problemas de Matemáticas, ya que, por fortuna, tantos se cuentan hoy en nuestro pueblo hacia el interesante problema que sigue:

Se trate de saber quién es el Padre, quién el Hijo y quién el Espíritu Santo

á que alude este fragmento, que tomamos de uno de los más grandes hombres que cuenta el catolicismo en nuestro siglo.

He aquí ahora el fragmento:

«Allí está el Dios católico, uno y trino; uno en esencia, trino en las personas. El Padre engendra eternamente á su Hijo, y del Padre y del Hijo procede eternamente el Espíritu Santo. Y el Espíritu Santo es Dios, y el Hijo es Dios, y el Padre es Dios; y Dios no tiene plural, porque no es más que un Dios, trino en las personas y uno en esencia. El Espíritu Santo es Dios, como el Padre, pero no es Padre; es Dios como el Hijo, pero no es Hijo. El Hijo es Dios como el Espíritu Santo, pero no es Espíritu Santo; es Dios como el Padre, pero no es Padre; el Padre es Dios como el Hijo, pero no es Hijo; es Dios como el Espíritu Santo, pero no es Espíritu Santo.»

La inmortalidad á quien lo acierte.

(Las Dominicales.)

ADVERTENCIA.

Rogamos á nuestros abonados que señalen en descubierta, remitan á la mayor brevedad posible, el importe del trimestre vencido y la renovación del actual.

REVISTA

DE

Estudios Psicológicos.

Interesante periódico espiritista que se publica en Barcelona.

Cinco pesetas al año.

Administración: Balmes, 6, principal.

HUESCA

Imp. anual de E. Izar.